



MORELOS SALVADO POR GALEANA
EN CUAUTLA

I

Amaneció el 18 de Febrero de 1812.

Desde las primeras horas de la mañana fueron ocupadas las principales alturas, en particular las del convento de San Diego, el fuerte más inmediato á la carretera de México.

Terminada la mañana, una extensa **polvareda** por el Norte de Cuautla, anunciaba la proximidad del enemigo.

El General Morelos con su anteojo, **sobre** la torre de San Diego, observaba los **movimientos**.

Las avanzadas de las fuerzas realistas ocuparon el Calvario; el grueso del **ejército** se tendió á uno y otro lado de **aquel** punto, en los extensos campos de Guadalupe y Santa Inés.

El General Calleja, seguido de su estado mayor, recorrió velozmente á tiro de **cañón** el contorno de la ciudad, sin ser inquietado en lo más mínimo. Volviéndose á uno de los jefes que le acompañaban, le dijo:

—No nos será difícil el ataque de semejante poblacho..... Vea usted qué **edificios**! Exceptuando tres ó cuatro iglesias, todo lo demás son jacales y huertas.

—Cierto, señor. Apenas se concibe **cómo** este gran corifeo, se ha encerrado en semejante villorrio.—Al decir esto, una **sonrisa** de desdén plegaba sus labios.

Todos, adulando al General, burlaban más ó menos la candidez del Cura, que con tan corta cantidad de gente, pretendía hacer resistencia en aquel desamparado lugar al más poderoso ejército realista y al más bravo de sus jefes.

Esta era la música que halagaba los oídos de Calleja. Así su vuelta por el corto perímetro de la ciudad se volvió un paseo lleno para él de satisfacciones, tanto por la opinión de sus acompañantes como por el juicio que él mismo se formara á la vista de tan pequeña población.

Llegado de nuevo al Calvario, se propuso hacer avanzar como exploradora una pequeña fuerza, no sin tener la precaución de emboscar en las huertas de los lados un número competente de tiradores con un cañón. Sabía ya el arrojito de Morelos y esperaba hacerlo caer en el lazo.

II

Mientras esto ocurría en el campo realista, el General independiente con Galeana, Matamoros y los Bravos, discutía la conveniencia de inquietar la vanguardia de Calleja.

Galeana no lo creía oportuno y sus compañeros opinaron del mismo modo, temiendo el arrojito de su General; pero éste les tranquilizó por completo, asegurándoles que sólo pretendía con su anteojo observar bien al enemigo desde un punto más cercano.

No fué posible detenerle, y seguido de su escolta, atravesó la trinchera del Norte de San Diego, avanzando lentamente pistola en mano hacia el Calvario.

Galeana, llamando á Torres, le dijo brevemente:

—Suba usted á la bóveda y coloque diversos vigías en lo alto de la iglesia, que observen con atención y al menor peligro del General, me da usted aviso.

D. Luis se inclinó, marchando inmediatamente á la cúpula con José y los soldados de su mayor confianza. Les distribuyó en la mejor situación, colocando dos hombres en la linternilla. Apenas terminaba su ope-

ración, cuando un vivo fuego de fusilería y un disparo de cañón le hizo volver el rostro.

El General había continuado avanzando, y ya bien lejos del fuerte, una descarga cerrada y un cañonazo, le diezmaron su escolta. Cayeron á su lado muchos de sus valientes soldados: á uno de ellos, su preferido, lo contempló Morelos agonizante: al dirigirle una palabra de consuelo y afecto, notándolo muerto, le tomó el fusil exclamando:

—“¡Pobrecito, que no se pierda todo! (1)

La avanzada había fingido huir; pero las columnas de tiradores de las huertas, salían de sus escondites gritando:

—“A cogerlo vivo; ya es nuestro.”

Pocos de los acompañantes le permanecieron fieles, la mayor parte emprendieron la fuga. El General les gritaba con todos sus pulmones: “No corran, que las balas no se ven por la espalda.” (2) Sus gritos eran sofocados por el ruido de los disparos y por la algazara escandalosa de los soldados que ya le creían su presa; pero de los pocos valientes que le rodeaban, entre ellos algunos costeños, dejando el fusil, esgrimían el terrible “machete” gritando á sus compañeros:

—“Al jierro, al jierro: así es más seguro.” (3)

(1) Este hecho histórico, lo refiere sin comentarios, el escritor contemporáneo de aquellos sucesos, D. C. M. Bustamante.

(2) Diversos historiadores refieren esto mismo. Todos se hallan de acuerdo en que Morelos poseía una serenidad envidiable en los momentos de mayor peligro. Su razón sana, robusta, fría, le proporcionaba salidas y recursos inesperados por sus enemigos. La viveza de sus ideas y conversación, jamás se perdía, ni aún en los más supremos instantes.

(3) Ese grito llegó á causar pavor á los españoles en el transcurso del sitio. Los surianos usan “machetes” filosísimos, sabiendo manejarlos admirablemente. Es tanta su pujanza, que pueden amputar al pri-

Morelos, con estoica calma, le dijo a un oficial que le instaba para que se volviese: —“Más vale morir peleando, que entrar á Cuautla corriendo.” (2)

Y su pronóstico no tardaría en cumplirse. El enemigo se reforzaba más y más. Un muro de soldados le cercaban, cayendo algunos al feroz golpe de los machetes surianos. Ya no podían disparar sus armas los realistas que en extenso círculo estrechaban al General y á unos cuantos valientes de su escolta.

III

En esos angustiosos instantes, D. Luis, desde su observatorio, jadeante, inquieto, sin poderse contener, bajó precipitadamente los escalones de la torre, en busca de Galeana.

Los vigías de las azoteas, gritaban: “Que se llevan á nuestro General.”

D. Luis alcanzó á Galeana en la plazuela, haciendo cubrir los puestos principales y vigilando el reparto de parque.

—Mi coronel, —articuló violentamente— nuestro General está rodeado de enemigos: ya lo arrebatan.

Galeana, descompuesto el semblante, exclamó:

—Cubra y cuide estos puntos.

Volviéndose á una compañía de dragones de la costa formada al lado de San Diego, montó rápido como el pensamiento, gritándoles:

—“A mí los valientes: sable en mano contra ellos!”

Y galopando en desórden, avanzaron hacia el Calvario. En cortos momentos estuvieron al alcance del enemigo que cercaba al Gene-

ral golpe un miembro tal, como brazo, mano, etc., etc.

(2) Hombres ilustres mexicanos por J. Zárate. Cuadro histórico por D. C. M. Bustamante.—Tradicción de Cuautla contada en el lugar por la generación que siguió á aquella.

ral. A la vista de Galeana y sus dragones, los realistas volvieron sus armas, sin tiempo para dispararlas; pero presentando las bayonetas, que no arredraron á los del Sur. Cada golpe de aquellos feroces combatientes, echaba por tierra dividido el cráneo á algún realista: sobrecogidos de pánico ante tanta pujanza y valor, abrieron ancha brecha, recibiendo Morelos en sus brazos, al bravo capitán.

—Señor,—le dice Galeana con voz resentida—¿no rogaba á vd. evitar un encuentro? Volvamos pronto.

—Vamos, vamos —contestó serenamente el General.

Sus perseguidores habían huído; pero replegados cincuenta varas más adelante, hacían nutrido fuego sobre los independentes. Las balas silbaban por todos lados.

Galeana insistió con el General:

—Señor: vamos más de prisa. A otro paso.

—“Es que mi caballo no tiene otro paso.” (*)

—¡Oh, señor!.... No se trata de miedo ni cosa semejante; la guarnición está inquieta; por hoy, nos debemos á ella, y por siempre á la patria.

Morelos obedeció, alijerando su marcha.

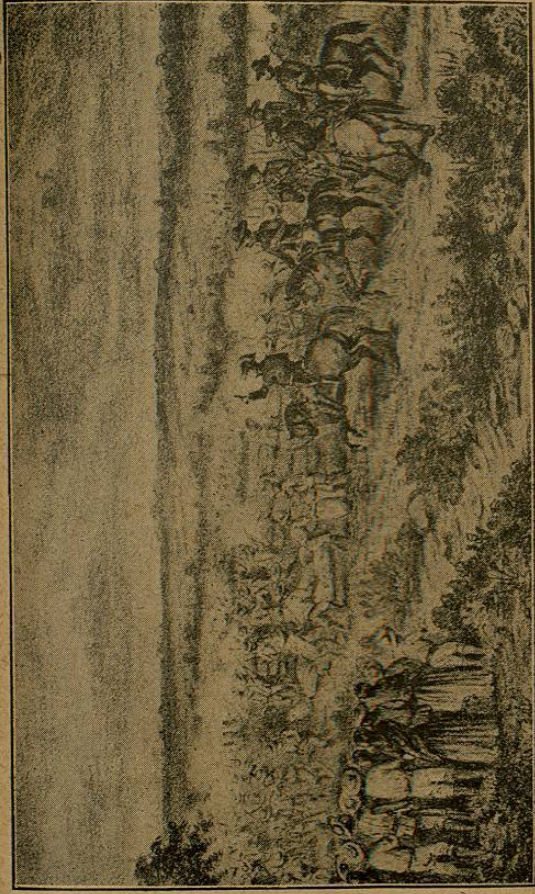
Apenas habían atravesado la trinchera más avanzada de San Diego, cuando las campanas de todos los templos se echaron á vuelo: los cohetes surcaban el aire: las músicas recorrían las calles, y gritos penetrantes que le vitoreaban, dejaron comprender la alegría de aquellos hombres por el regreso de su General.

No fué menor la ovación que recibió Galeana, quien se veía suficientemente recompensado con la presencia de Morelos allí.

DEMETRIO MEJIA.

(*) Tradición de Cuautla. Toda esa conversación se refiere igualmente en la ciudad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



La Toma del Agua por Galeana (Sitio de Cuautla.)



LA TOMA DEL AGUA POR GALEANA

(Episodio del sitio de Cuautla)

I.

Terrible angustia pintábase en todos los semblantes, la mañana del 3 de Abril de 1812.

El sol radiaba con todo su esplendor en un cielo despejado, dirigiendo sobre Cuautla sus rayos de fuego.

Desde las primeras horas se extendió entre los habitantes la fatal noticia. ¡Y cómo no había de ser así!... Faltaba al extenso y florido barrio de Xuchitengo, la encantadora armonía de sus murmurantes aguas; á la población toda, el elemento más esencial de la vida.

Ese día el calor era insoportable: la sed, abrasadora.

¡Extraño espectáculo el de la ciudad!

El pueblo recorría las calles consternado. Los pozos estaban agotados. Algunas mujeres con sus niños, aplicaban la lengua al lodo de las calles, para refrescar su boca. Otras, más atrevidas, bajaban al río con la pretensión de llenar jarros y todo género de vasijas, sufriendo horrorosa lluvia de balas, dirigida del campo enemigo.

Se oían diálogos como éste:

—¡Estamos sin agua!... los españoles cortaron la única que entraba al pueblo por el barrio de Xuchitengo.

—Dicen que la zanja está tapada desde muy lejos y la defienden muchas fuerzas.

Unos soldados quisieron acercarse y los "balearon" mucho. Más abajo, unas mujeres quisieron llenar sus jarros en el río, y lo mismo, las "balearon" tanto que al fin mataron á dos.

Cuando en la madrugada Galeana y Torres, habían pasado á la habitación del General Morelos, éste dispuso que el primero, con parte de sus fuerzas, levantase un muro y torreón en la toma del agua, para defenderla, y asegurar de un modo permanente su entrada en Cuautla.

Galeana aceptó sin vacilar, despidiendo poco después á Torres, con la recomendación de que descansara, porque había de ocuparle al medio día.

El General Morelos atravesó seguido de su escolta la boca-calle, penetrando á la plazuela. Un grito unánime de simpatía le saludó por todas partes.

El General se apeó, dirigiéndose á Galeana. Hablaron algunos instantes y vuelto á montar, presenció con su escolta el desfile de la columna.

El pueblo no pudo dominar su entusiasmo: frenético, gritaba y aplaudía, vitoreando á Morelos, á Galeana y á su naciente Patria.

La columna desapareció por la estrecha calle, situada al frente de San Diego, al Oriente. ¡En el camino de la toma de agua!

II.

Durante la mañana del 3 de Abril, festejábese en el campo realista, la feliz operación emprendida en las tinieblas.

Se creía, con bastante fundamento, que las torturas de la sed, acabarían por agotar la paciencia de los sitiados. El General Calleja había dado la orden de cortar de un modo definitivo la entrada del agua, lo cual tocaba realizar al Brigadier Llano, por hallarse en su campo la toma.

Sesenta varas de zanja se habían terraplenado: mucho debía trabajarse para reponer lo perdido. Aquello parecía semi-imposible. Seguros los realistas, comentaban

á su sabor el hecho, celebrando con algazara su próximo esperado triunfo.

La severa disciplina establecida por Calleja en su ejército, se vino relajando poco á poco en este largo sitio.

A la época en que el agua fué cortada, vicios como el juego, la embriaguez y otros, eran comunes en su campo, á despecho de su rigidez. El último golpe á los independientes, privándoles del precioso líquido, fué motivo más que suficiente para nuevos desórdenes. Quizá por esta causa no percibieron que después del medio día, insensiblemente se alzaba un muro á partir del bosque y en dirección inequívoca de la toma. Al notarlo, dirigían furiosamente sus fuegos á los numerosos grupos de trabajadores que con inusitada actividad prolongaban la trinchera.

Los surianos, al mando de Galeana, protegidos ya por el bosque, ya por el mismo reciente muro, contestaban las descargas. Su certera puntería, evitaba los avances del enemigo, poniendo á raya su inquietud. Llovían granadas y balas rasas sobre el "naciente reducto de la toma;" pero el trabajo no se suspendía y mientras unos colocaban los sacos á tierra, reforzando atrás la construcción, otros destapaban el acueducto ó zanja, terraplenada la noche anterior por el enemigo.

El entusiasmo se pintaba en todos los semblantes. Los fuegos realistas, hasta ese momento, nada habían podido contra ellos, y el muro avanzaba sin cesar. Galeana, recorriendo pistola en mano toda la extensión de la improvisada muralla, alentaba á sus zapadores y soldados.

El sol, brillando aún con todo su esplendor en el Poniente, debía alcanzar la obra hasta la toma.

El Coronel en persona, seguido de algunos oficiales, soltó el agua á su antiguo cauce. Un grito unánime de entusiasmo apagó su sonoro murmullo. Este grito se prolongó en el interior de Cuautla. ¡La espumosa corriente llevaba á la ciudad el regocijo, la admiración, la vida!

El pueblo aplaudía con frenesí, vitoreando á la Patria y á sus bravos defensores. Las mujeres sumergían "jarros," vasos, jí-

caras, en el ruidoso arroyuelo, bebiendo con delicia las primeras aguas, enturbiadas y espumosas. Las campanas se echaron á vuelo, renació la alegría en el pueblo y hasta el cielo parecía festejar con sus doradas y risueñas nubes, la acción heroica de un grupo de valientes! Majestuosamente hundióse el sol tras del campo de Calleja, y un crepúsculo de vivos colores agregó sus encantos al cuadro.

La obra, aún no estaba concluida. Galeana pretendió alzar en la toma misma, un torreón cuadrado, defendido con tres piezas de artillería, que quedaron colocadas desde las primeras horas de la noche. Continuáronse los trabajos tan activamente, que á las diez aún las guardias ocupaban ya sus respectivos puestos en la nueva fortificación.

La ciudad se había iluminado como por encanto. Las bóvedas de las iglesias, las torres, las mejores casas, ostentaban banderas, cortinas y luces. Las músicas recorrían las calles: el pueblo vitoreaba á Morelos y Galeana, á sus oficiales y soldados.

III.

Aquella alegría, aquel concierto, entusiasta de admiración, vino á turbar desde el principio con sus ecos la calma que reinaba en la habitación del General realista. Llamando á uno de sus ayudantes, preguntó:

—¿Qué significa tanta algazara de esos menguados?

—Lo ignoro, señor,—contestó el ayudante.

Calleja, cruzando á pasos largos y violentos la diagonal de su sala, ordenó imperiosamente al ayudante:

—Recorra usted pronto en un buen caballo, toda la línea, averiguando con los jefes respectivos lo que ha ocurrido.

El ayudante hizo una inclinación de cabeza, y salió.

Don Félix continuó paseándose, revelando en su porte, en la brusquedad de sus movimientos, la inquietud de su ánimo.

De algunos días atrás sufría accesos de calenturas, tan comunes en aquel clima. Su humor agriábase más que de costumbre,

hallándole intratable aun su misma buena esposa, que con todo empeño le atendía en su curación.

Esa noche, Doña Francisca trató de calmarle. Había tocado suavemente á la puerta de la sala, y después de oírle decir: "adelante," penetró en la habitación.

—Retírate,—le dijo el General.

—Descaba ofrecerte una taza de té: tal vez tengas ya la calentura,—contestó la señora con aire y acento de humildad.

—No necesito nada,—repitió el General,—lo que me es indispensable no se cura con té. Esta tierra maldecida que me enferma á mí y á la tropa, acabará con todos si el Virrey se empeña en tenernos por acá indefinidamente, sin enviar los recursos que he pedido para acabar con las turbas que se hallan encerradas, á despecho de nuestros ataques y del valor de mi gente.

—Pero ya te aseguran que pronto recibirás la artillería gruesa de Perote y con ella nuevos recursos.—Al decir esto la señora, temblaba en su interior, compadeciendo á los mexicanos sitiados en la población. Ella deploraba sus desgracias y habría hecho cualquier esfuerzo por remediarlas: pero guárdabase bien de revelar sus sentimientos ante el esposo, cuya ferocidad no había podido dominar con el ejemplo de su cariño y sus virtudes.

Disponíase á convencerle para que se recogiera, cuando tocaron la puerta con precipitación.

El General se aproximó, recibiendo al ayudante, que acababa de apearse, y ordenando á la señora saliese luego. Esta obedeció.

—¿Por fin?—dijo Don Félix,—¿tan pronto recorrió usted la línea?

—No, mi General: desde antes supe el motivo de....

—Acabe usted.... de la nueva bacanal, orgía.... desorden de estos bandidos....

El General estallaba, su humor era pésimamente aquella noche. Después de ligera pausa, continuó:

—Y bien: ¿cuál es ese motivo?

—Que el agua volvió á entrar á Cuautla desde las cinco y media de la tarde!....

El General dió un salto involuntario co-

mo si le hubiese mordido una víbora; y asentando sobre la mesa con el puño cerrado, ruidoso golpe, exclamó:

—¡Mal rayo les parta!.... ¿Y qué es de ese Brigadier Llano que se halla frente á Xuchitengo, con los mejores Cuerpos inmediatos á la toma? ¡Miserables!.... Salga usted á dar orden se corte de nuevo;.... pero luego.... inmediatamente....

—¡Señor!—balbutió el ayudante.

Calleja, exaltado, le interrumpió:

—Repito á usted que corra luego á comunicar la orden.

—Obedezco sin vacilar. Solamente quiero hacer presente á S. E. que durante el día.... han construido los enemigos un reducto en la toma, terminando en un torreón que la defiende....

—¡Imposible!..... ¿pues qué acaso está muerto ó dormido el ejército, que á su propia vista consiente se levanten semejantes obras de defensa?.... ¿Cómo ha sabido usted esto?

—Por los oficiales del Cuerpo de Granaderos, que durante la tarde, con el Cuerpo de Lovera, pretendían impedir las obras.

—¡Cobardes!..... ¿No pudieron evitarlo?....

El General se paseó rabioso y mudo. El ayudante permaneció de pie. Calleja se detuvo inmediato á él, diciéndole:

—Vuele usted al campo de Llano y que pase sin pérdida de tiempo á hablar conmigo. Igual orden comunicará al Coronel José Enríquez, á los del mismo grado Agustín de la Viña y Andrade.

El ayudante salió violentamente.. . . .

Una hora después el General en jefe despedía á Llano, con los Coroneles de la Viña, Enríquez y Andrade. Habían hablado los cuatro algunos minutos, encerrados en la sala.

Al abrir la puerta, Don Félix les repitió en tono insinuante:

—Sin demora alguna se emprenderá el asalto sobre el nuevo reducto de la toma. Hay que reparar lo perdido, sacrificando cuanto sea necesario.

Serían las once de la noche. No se interrumpían aún las fiestas en el interior de Cuautla. Repentinamente la población quedó muda. Un nutrido fuego de fusilería, acompañado de frecuentes disparos de cañón, en el rumbo de la toma, indicaba á los habitantes que había principiado el asalto al reducto, para disputar el agua.

En efecto, dos gruesas columnas desprendiéndose del campo enemigo, avanzaron mudas é imponentes sobre el torreón y la muralla. A distancia muy corta de la fortificación y sin haber sido sentidos, rompieron el fuego furiosamente, aproximándose más y más al improvisado reducto.

La caja del río estaba iluminada con los continuos disparos. Densas nubes de humo impulsadas por vientos del Nordeste, pasaban sobre Cuautla, esparciendo como el olor de la muerte.

El Batallón de Lovera cargó con valor por el frente y flanco izquierdo del torreón, que era el punto más difícil. Ciento cincuenta de los llamados patriotas de San Luis, más los cien granaderos, cargaron sobre el muro que comunicaba con el bosque. El triunfo parecía indudable, ¿cómo resistir aquel furioso choque?....

Galeana había cubierto perfectamente toda su línea, tras del parapeto: y como en el asalto del 19 de Febrero, recomendaba á sus soldados no desperdiciar el parque. Así, el fuego de fusilería apenas si era contestado: en cambio el torreón disparaba paulatinamente dos de sus piezas, barriendo al enemigo con la metralla.

Lovera hizo un empuje formidable, gritando frenético: "Al torreón." Los independientes aguardaron serenos. La columna avanzó cerrada, hasta aproximarse al muro y fuerte de la presa. Los independientes hicieron una descarga, que señaló algunos claros en el enemigo: sin embargo, la columna volvió á cerrarse y los más atrevidos soldados del Batallón de Lovera, soñando quizá con sus triunfos recientes, sobre los veteranos de Napoleón, saltaron osadamente al muro. El siniestro ahullido de los surianos y su grito de muerte: "al hierro,

al hierro," acompañado del fúnebre ruido producido por el golpe de sus filosos machetes, sembraron el desconcierto entre los asaltantes, retrocediendo espantados. (*)

Don Luis en el torreón, hacía prodigios al lado de Galeana: habían soltado las carabinas y luchaban con los sables, cuerpo a cuerpo, infundiendo con su heroico ejemplo, ánimo y valor á sus soldados.

En aquellos momentos los asaltantes rompieron de nuevo la presa. El agua cesó de correr por el apantle. Galeana hizo una salida del parapeto con los surianos, sostenidos por los fuegos del muro, á cargo de Torres y otros Capitanes. Los asaltantes huyeron á su campo en la ribera izquierda del río.

Entretanto la toma se nabía repuesto, extrayéndose algunos cadáveres del seno mismo de las aguas.

La oficialidad española de Granaderos y Lovera, sable en mano, imponiendo obediencia, subordinación y valor á sus soldados, lograron organizarles para nuevo asalto.

Frente al torreón y cuando la columna enemiga se aproximaba por segunda vez, produjose entre ella un espantoso desorden: de su seno mismo, salía un soldado disparando su arma, é hiriendo con un largo puñal á sus propios compañeros.

—"Viva la América," "Viva Morelos," gri-

(*) Tan proverbial era el valor de aquellos soldados del Sur, que en los famosos "Desengaños" escritos por el fanático Dr. Don Agustín Pomposo de San Salvador, y refiriéndose en el "5o. Desengaño" á la destrucción del ejército de Morelos en Cuautla, dice: "No debo negar que aquellos negros y pintos eran feroces, etc., etc." Mucho era mentir con aquello de "la destrucción del ejército de Morelos." Negar el valor á los del Sur, hubiera sido el colmo y por esto solamente nadie habría creído el resto.

Datos tomados de la importante obra, incompleta aún, é intitulada "Documentos para la Historia de Independencia," por F. E. Hernández Dávalos.

taba frenético, aproximándose más y más al muro. Sus compañeros dispararon sobre él, sonando muchos tiros á la vez. El soldado tambaleó, sin soltar sus armas. Trabajosamente ascendió al muro, ya sobre él y chorreando sangre, un costeño alzaba el sable sobre su cabeza; "es de los nuestros," gritó otro deteniéndole. El suriano bajó su machete: en cuanto al herido, faltó ya de fuerza y articulando difficilmente las palabras: "Viva Galeana," soltó sus armas, rodando inerte el cuerpo, por tierra.

El combate se prolongó hasta las dos de la madrugada; rechazados definitivamente los españoles, huyeron á su campo, dejando en poder de los independientes, sus muertos, armas y heridos.

Al día siguiente celebróse de la manera más entusiasta en la población, el triunfo alcanzado por sus defensores en la noche anterior.

DEMETRIO MEJIA.